

JUAN PEDRO COSANO

EL REY del PERÚ



JUAN PEDRO COSANO
EL REY DEL PERÚ



ESPASA  NARRATIVA

© Juan Pedro Cosano, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.265-2020
ISBN: 978-84-670-5345-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

La Zarza, Trujillo, otoño de 1529

La mujer del porquerizo de La Zarza se llamaba María Engracia, aunque todos en La Zarza, y más allá de La Zarza, en Trujillo, en La Cumbre, hasta en Zorita, y a lo mejor hasta en Cáceres, la conocían como la Apretá, porque se decía que carnes tan prietas como las suyas no las había en toda Extremadura. Y eso que en Extremadura, con tan buenos quesos y tan buenos puercos, no eran pocas las carnes prietas de muchas de sus mozas. Carnes sólidas, consistentes, apretadas de verdad, como las piernas de una monja en un burdel.

La Apretá estaba en esos precisos instantes desnuda de cintura para abajo, con las faldas arremangadas en las caderas y los pechos rebosándole de la camisa como dos imperios redondos, lechosos e indomables. Acariciaba entre sus manos una mata de pelo castaño al que el sol que se filtraba por las rendijas de la puerta del pajar engalanaba con reflejos dorados. Por debajo de esa mata de cabello cobrizo, unos labios golosos chupaban con fruición los grandes pezones del color de la canela. La mujer tenía la húmeda boca entreabierta y a través del hueco respunteado de blancos dientes un canturreo pertinaz —«¡Ay, niño! ¡Ay, niño!»— se escapaba a cada instante, justo al mismo ritmo que las caderas del hombre arremetían contra las piernas de par en par abiertas de la Apretá.

—¡Ay, niño! ¡Ay, niño! —Y la terca cantinela desaguó en un grito destemplado que hizo que el hombre cesara por

un momento sus acometidas y sus chupetones y levantara los ojos para clavarlos en los de la mujer, que estrujaba con mayor fuerza sus cabellos, hasta el punto de que él tuvo que levantar la mano y agarrarle la muñeca para que dejara de darle tirones—. ¡Pero, Gonzalico, hijo, ¿cómo he podido yo vivir sin esto hasta ahora?!

Pese a todo, la verdad era que a Gonzalo, de quien las mujeres decían que era el zagal más hermoso de toda la provincia, si no de toda Extremadura, no le había sido fácil que la Apretá consintiera en abrirse de piernas para él y le permitiera atizar la fragua de sus entrañas. Fuera porque la moza estuviera empeñada en ser fiel a su esposo y no asemejarlo al molino que se alzaba al lado del granero con sus enormes aspas, fuera porque le tuviera al porquerizo un miedo más poderoso que el deseo que hacía que su entrepierna chorreara cada vez que sentía sobre sí la mirada ardiente del menor de los Pizarro, los señores de La Zarza, lo cierto era que María Engracia se había resistido al acoso de Gonzalo como el cochino al cuchillo del matarife. Pero el zagal, que se había apostado con su hermano Juan el potrillo bayo que pasaba por ser el más guapo de la cuadra a que conseguía desbravar a la Apretá antes de la feria de San Miguel, había puesto en ello todo su empeño, y cuando Gonzalo Pizarro se empeñaba en algo, ya podía caerse el cielo que lo conseguía, y más si ese algo era una hembra. Y ahí estaba, arremetiendo con todas las fuerzas de sus dieciocho años contra las carnes amansadas de María Engracia. Y cuando aún faltaban algunos días para la fiesta del arcángel.

—¡Ay, niño! ¡Ay, niño! ¡Pero qué que me lo haces, canalla!

Y cuando la letanía porfiada de la zagala auguraba el éxtasis, la puerta del pajar se abrió y el sol entró en el granero como un ejército de minúsculos y polvorientos soldados de oro.

—¡Pero ¿qué...?!

La Apretá soltó un grito que ya no auguraba el éxtasis, sino que trazaba un arco sonoro de pánico, pues se temió ver entrar a su esposo el porquerizo blandiendo una horca con la que ensartarle las carnes desbravadas. Pero quien entró no fue el porquero, que era grande y rudo como un percherón, sino otro zagal sospechosamente parecido a quien, ajeno a la intromisión, persistía en sus embestidas.

—¡Tu hermano! —Y la mujer intentó estabular sin éxito sus pechos temblorosos en el pesebre de su camisa—. ¡Por el amor de Dios, ¿qué hace aquí tu hermano, Gonzalico?!

Gonzalo Pizarro detuvo el movimiento de sus cuadriles y giró la cabeza por encima de los talones de la mujer. Una sonrisa pícara brilló en sus ojos cuando advirtió la mirada procaz de su hermano Juan, que iba desde sus posaderas desnudas hasta los pechos bamboleantes de la Apretá.

—¿Qué pasa, Juan? —jadeó, sin desensamblarse de la moza—. ¿Que querías presenciar con tus propios ojos cómo te gano el potrillo, cabrón? ¡Pues mira, mira...! ¡Por mí como si...!

—¡Francisco! —acertó a explicarse el terciogénito de los Pizarro, enredándose sus palabras en los flecos de una carcajada—. Martín de Alcántara ha mandado un mensaje. ¡Francisco llegó a Trujillo esta mañana! ¡Puede estar en La Zarza en cualquier momento! Así que deja esto para mejor ocasión, granuja, y prepárate para recibirlo. Hernando nos quiere en casa a los dos ya. ¡Hay que prepararlo todo!

—¿Francisco? —preguntó Gonzalo, con las mientes ofuscadas por la lujuria—. ¿Francisco Pizarro?

—¡Nuestro hermano mayor, ¿quién si no?! ¡Que ha llegado de Toledo!

—¿El bastardo?

Y la Apretá asistía atónita al intercambio de palabras de ambos hermanos, aún abierta de piernas, con el menor de ellos todavía dentro de su vientre y con los pechos asomando sobre el escote como dos pellejos sobre la bota de un figón.

—¿El bastardo? ¿Cómo que el bastardo, Gonzalo? ¿Qué te crees que somos nosotros, imbécil?

—¡A nosotros nuestro padre nos reconoció, nos tuvo siempre como legítimos y nos incluyó en su testamento, pardiez! ¡A él, no!

—Pero el rey le ha dado una capitanía o algo así. O un título nobiliario, no sé muy bien. Supongo que en cuanto venga nos lo explicará. Y eso es más que una manda en un testamento. Así que tápate ese culo peludo tuyo y vístete. No querrás que te vea de esta guisa, ¿verdad, bellaco?

—De Trujillo aquí median cinco leguas. Así que tardará un buen rato en llegar. Tiempo suficiente para acabar lo que empecé. Así que largo, Juan, que ya está bien de mirar lo que no debes. Ya te quiero ver saliendo por piernas de aquí. ¡En la cuadra deberías de estar, aviándome el potrillo!

Y salió de la moza, se puso de pie, le hizo un gesto a María Engracia para que se arrodillara y se diera la vuelta. La Apretá, que no escapaba de su asombro por lo que estaba pasando y a la que el nombre de Francisco Pizarro, de quien todos en aquellos lares habían oído hablar maravillas en los últimos tiempos, le había enredado aún más las entendederas, hizo lo que se le decía, sumisa como una ternera. Y con Juan Pizarro aún plantado en la entrada del henil y contemplando el inenarrable espectáculo, gritó cuando sintió que Gonzalo Pizarro la montaba como si fuera el potrillo bayo por el que ambos hermanos habían entablado tan deleitosa apuesta.

* * *

Trujillo, otoño de 1529

Cuando fue consciente de que estaba en tierras de Extremadura —el granito y la pizarra encajando los ríos, las verdes sierras, los campos cuajados, las largas llanuras anidadas de encinas...—, Francisco Pizarro experimentó

una emoción tan profunda que le atoró la garganta. Y cuando oteó en lontananza los contornos de Trujillo desde la alzada de su montura parada sobre una loma, sintió que el corazón se le desbocaba como si hubiese clavado en sus mismos centros sus espuelas. ¡Trujillo! ¡El querido, añorado terruño...! Tuvo que cerrar los ojos para tomar aire y, aun con los ojos cerrados, pudo contemplar, como si los llevara grabados a fuego en el dorso de los párpados, los campos de cereal, las huertas, las dehesas que rodeaban la villa, el río Almonte a lo lejos, muy a lo lejos, apenas una cintilla de plata encajonada en la llanura, el arrabal, la plaza, la alcazaba, las puntiagudas torres de las iglesias, las veletas de los conventos, las moles de las casas palaciegas...

¡Trujillo...!

¡Trujillo, su tierra, por fin!

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había abandonado las viejas piedras trujillanas? ¿Cuánto...? No fue capaz de recordarlo con exactitud. Se dijo que el tiempo había transcurrido implacable, veloz, y que había dejado una profunda huella en su cuerpo, en forma de arrugas y cicatrices, y en su alma, disfrazado de retraimiento y de soledad; pero también había sido un tiempo benéfico. Se recordó a sí mismo dejando atrás Trujillo, contemplando por última vez su recinto murado, hacía... ¿cuánto...? ¿treinta...?, ¿treinta y cinco años...?, siendo tan sólo un mozo, con el corazón rebotante de ilusión y de ansias de gloria. Se evocó a sí mismo dejando atrás a su madre, su casa, todavía con el olor de los cerdos que cuidaba y del tinte de las ropas que vendía incrustado en cada poro de su piel, jurándose que iba a demostrar que era digno hijo del Largo, como conocían a su progenitor, y sin más pertenencias que un puñado de maravedíes, sus viejos zaragüelles, la camisa de cordones, un pellejo para el agua, la manta de lana, la daga que su abuelo paterno le regaló en un día que jamás olvidaría, un trozo de queso, un chorizo, una telera de pan.

Se recordó a sí mismo en Sevilla, solo, pobre y miserable, extasiado ante la monumental catedral con su esbelta Giralda, diez veces más grande, o más, que la iglesia de Santa María la Mayor de Trujillo, los alcázares, la magnífica muralla, el imponente río Guadalquivir, puerta de las Indias... Se recordó embelesado en el puerto sevillano viendo cómo zarpaban y arribaban las carabelas que, ansiosas de dinerales o cargadas de ellos, iban o regresaban a la Castilla de Oro. Se vio embarcando en la vetusta nao que habría de llevarlo a Italia, a luchar en los tercios españoles, como su padre había hecho, en un inconsciente, o no tan inconsciente, intento de emularlo. Se rememoró en la cubierta de francobordo de la nao, verde como un alcaucil, dándole vueltas todo, el horizonte, el mar, las estrellas, el barco entero, desde el casco al bauprés, echando al mar los menudillos, pensando que se moría; y luego, ya por fin en tierra firme, recuperados la salud y el equilibrio, marchando para unirse con otros desheredados como él al ejército de don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, que se disponía a sitiar, y a conquistar después, la plaza de Atella, que los franceses habían tomado unas semanas antes.

¡Cuánto tiempo, y cuántas cosas, habían pasado desde entonces! ¡Cuántos azares, cuántos lances, cuánta brega!

Al fin, se dijo con un nudo en la garganta, todo había merecido la pena, las venturas y las desventuras. Ahí estaba ahora, recién llegado de Toledo, después de ser recibido en el salón del trono del mismísimo alcázar por el rey emperador don Carlos, por sus ministros, por sus nobles, por sus consejeros de Indias, que lo habían escuchado con arrobos cuando les habló del mar del Sur, del Perú, de sus maravillas y de sus tesoros. Y que lo habían contemplado con infinito asombro cuando hizo pasar a los indios de Tumbes que había traído a España consigo, con sus ricas túnicas, sus tocados y sus abalorios, y cuando mostró las alpacas y las vicuñas —«No se cagarán estos bichos en el

salón del trono, delante de su majestad, ¿verdad, capitán?»», le había preguntado, espantado, un mayordomo real—, y los tejidos de algodón entreverados de hilos preciosos, y las blanquísimas perlas redondas y perfectas, y las gemas multicolores y las alhajas de oro y de plata. Bajó la mano hasta las alforjas, como si quisiera cerciorarse de que el pergamino seguía allí, rubricado por la reina Isabel en ausencia de su esposo el rey, que se había marchado a Cortes después de la audiencia, y por don Garci Fernández Manrique, conde de Osorno y presidente del Consejo de Indias. Sí, claro que sí, allí estaba aquel valioso pergamino en el que se había escrito con letra indeleble su futuro, ¿cómo no iba a estar? Y aunque no sabía leer ni escribir, pues nunca nadie le había enseñado y ya no tenía edad para embrollarse con gramáticas, se sabía casi de memoria el contenido de la capitulación que le había sido entregada en Toledo y que se había hecho leer una y mil veces por Pedro de Candía y Domingo de Soraluce, que lo habían acompañado desde Panamá para ayudarlo a convencer a sus católicas majestades de la bondad de sus proyectos de conquista y que habían marchado hacia Sevilla y Sanlúcar de Barrameda para reclutar gente que los acompañara en la gran aventura que habrían de emprender de ahí a nada y tenerlo todo dispuesto cuando él llegase.

Primeramente, doy licencia e facultad a vos, el dicho capitán Francisco Pizarro, para que por nos, en nuestro nombre e de la Corona real de Castilla, podáis continuar el dicho descubrimiento, conquista e población de la dicha provincia del Perú, fasta doscientas leguas de tierra por la misma costa.

Ítem, entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios e nuestro, e por honrar vuestra persona e por vos favorecer, prometemos de vos hacer nuestro gobernador e capitán general de toda la dicha provincia del Perú.

Otrosí, a vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Perú, e asimismo del oficio de alguacil mayor de ella, todo ello por los días de vuestra vida...

¡Dios bendito! ¡Santísima Virgen de la Concepción! ¿Quién se lo iba a decir a aquel zagal que escapó de Trujillo sólo con lo puesto? ¡Gobernador y capitán general! ¡Adelantado del Perú! ¡Alguacil mayor de la provincia! Se preguntó qué habría dicho su padre, el hidalgo Gonzalo Pizarro Rodríguez de Aguilar, llamado el Largo y también el Romano, si pudiese ver ahora a su hijo bastardo, el que vendía ropas en la plaza en los días de mercado, convertido en gobernador, capitán general y adelantado de su majestad en Nueva Castilla, como se habían recién nombrado los territorios apenas entrevistados. Al pensar en ese título, sintió un mal palpito: los principales honores y distinciones habían recaído finalmente sobre él. ¿Qué dirían, cuando lo supieran, sus dos amigos y asociados el capitán Diego de Almagro y el padre don Hernando de Luque? No era eso lo que habían pactado en Panamá, en absoluto, eran otras cosas —un reparto de cargos más equitativo— las que habían apalabrado. Y aunque era verdad que en la Capitulación de Toledo se prometía al cura nombrarlo obispo de Tumbes en cuanto el papa Clemente lo apobara y protector general de los indios de todo el territorio con sueldo de mil ducados anuales, y que el capitán Almagro recibía la dignidad de la hidalguía y la tenencia de la fortaleza de Tumbes con salario de trescientos mil maravedíes cada año, barruntaba que esas disposiciones no iban a ser de sus agrados. Sobre todo del gusto del capitán, pues el cura, como hombre de Dios, era más apaciguado. Se preguntó cómo reaccionaría Almagro cuando supiera de esas nuevas, y las conocería pronto, porque una nao con veinte hombres había partido ya para las Indias para dar cuenta de las nuevas disposiciones. Emboscó de inmediato esos pensamientos, diciéndose que no era momento de abordar tales inconvenientes, si es que los había, y que ya se daría solución a la cuestión, si es que se suscitaba, cuando regresara a Panamá. Tenía algo claro, sin embargo: no iba a privar ni a uno ni a otro de una onza de oro que pudiera

corresponderles según los acuerdos suscritos ni de un ápice de la gloria que por derecho les perteneciera, si es que finalmente esa gloria llegaba a alcanzarse, Dios lo quisiera. Francisco Pizarro era ante todo hombre de palabra y bien a gala que lo llevaba.

—Vamos —ordenó a su escudero.

Espoleó su caballo hasta ponerlo al trote y se dispuso, el capitán don Francisco Pizarro y González, ya y de pleno derecho gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor del Perú, a recorrer el cuarto de legua que lo separaba de Trujillo.

* * *

Francisco Martín de Alcántara, hermano materno de Francisco Pizarro y a quien todos conocían en Trujillo como Martín, vivía en una casa ubicada en una de las bocacalles de la plaza del Arrabal. No guardaba ningún recuerdo de su hermanastro, tan sólo los que había bosquejado en su imaginación cuando supo de sus hazañas en las Indias, pues Pizarro había abandonado Trujillo cuando él era poco más que un crío agarrado a la teta de su madre. Pero cuando se le notificó que su hermanastro por fin se acercaba a las puertas de la ciudad, después de tres días esperándolo, salió alborozado a su encuentro y lo acogió con inmensa alegría. Lo abrazó en cuanto desmontó del caballo, a pesar de que no era Francisco Pizarro hombre dado a las efusiones, y si no lo besó fue porque el gesto hosco del recién llegado ante tales excesos así lo aconsejaba. Le presentó luego a su esposa Inés Muñoz y a sus dos pequeños hijos, lo obligó a alojarse en su vivienda —«¡Cómo alguien como tú va a ir a dormir a la hostería, por Dios santo!»— y preparó una yacija para su escudero en la cuadra, donde también los animales, extenuados después de la cabalgada desde Toledo, pudieron descansar. Martín tenía poco más de treinta años, era, como los Pizarro, grande y bien formado,

barba rala y mirada franca. Inés Muñoz, por su parte, que tenía unos años menos que su marido, era una mujer animosa, brava, corajuda, de rotundas caderas y bien alimentada.

—¿Qué pasa, cuñado? —preguntó la mujer a Pizarro cuando vio que éste apenas si probaba la sopa de gallina que había servido como primer plato del almuerzo y que desmenuzaba el pan sin interés—. ¿No está buena la sopa?

—Está muy buena, Inés, gracias.

—Creí que vendrías muerto de hambre después de tantas leguas a caballo. He preparado de segundo unas migas con sus torreznos que a tu hermano le dislocan.

—Desayunamos fuerte esta mañana, nos sirvieron cachuelas con pan en la posada y tengo el estómago algo cerrado, pero muchas gracias de todas formas, Inés.

Y volvió a sumirse en el silencio que sólo quebraban las risillas de los niños y los campaneos de las cucharas de madera sobre la loza de los platos. Inés Muñoz miró a su marido; en sus ojos pulsaba una muda pregunta: «¿Siempre es tan parco y tan poco locuaz este hombre?», que Martín respondió con un encogimiento de hombros.

—El concejo, hermano —le comentó luego Martín de Alcántara—, supo de tu inminente llegada, y te quiere recibir con todos los honores. ¡No todos los días un hijo de Trujillo es adelantado de Indias! Dicen que has puesto a nuestra villa a la altura de Medellín. ¡Ya se te compara con Hernán Cortés!

—Tal vez mañana, o pasado, Martín. No sé. Hoy tengo otras cosas que hacer.

—No te agradan las ceremonias... —se atrevió a insinuar De Alcántara, al observar el gesto displicente que había compuesto su hermano uterino cuando le habló del concejo, de regidores y de reconocimientos públicos.

—No es eso lo que vengo buscando, Martín.

—¿Y qué es lo que buscas entonces aquí en Trujillo, cuñado? —inquirió Inés Muñoz, que acababa de traer las

migas con torreznos a la mesa—. Se comenta que los capitanes que vinieron contigo desde las Indias van camino de Sevilla.

Pizarro miró a su cuñada, como si no estuviera acostumbrado a que las mujeres participaran en esas disquisiciones. Algo debió de ver en el rostro de la mujer porque sonrió de esa forma efímera en que solía.

—¿Que qué busco...? ¡Soldados, Inés! ¡Soldados! Hombres que anhelan gloria y fortuna, para nuestra patria y para ellos mismos. Tengo seis meses para reclutar ciento cincuenta hombres que me acompañen a las Indias. Eso es lo que busco, Martín. Hombres que estén dispuestos a arriesgar su vida junto a mí y de cuya lealtad jamás pueda tener duda. Aunque también quería ver de nuevo Trujillo, después de tantos años.

En la Capitulación de Toledo, el Consejo de Indias había otorgado a Francisco Pizarro un plazo de seis meses para reclutar ciento cincuenta soldados en España, ochenta en las islas y veinte en Tierra Firme. Y se le había conferido otro plazo de seis meses para conquistar Perú con esos doscientos cincuenta hombres. También habrían de acompañarlo cinco frailes, con el dominico fray Vicente de Valverde al frente, y cuatro agentes del Tesoro, en el primer caso para procurar la salvación de las almas de los indios; en el segundo, para asegurarse el quinto real. Fue cuando supo de las disposiciones del consejo cuando se le ocurrió viajar a Trujillo. Le apetecía volver a su terruño. Pero también, y sobre todo, fue consciente de que necesitaría hombres de absoluta confianza para acometer la ardua empresa, hombres que estuvieran dispuestos a dar su vida por él si fuera preciso, y que le cuidaran las espaldas. Sabía que en las Indias, que eran un palacio fastuoso del que no se habían puesto más que los cimientos, todo era frágil: también la amistad y las alianzas. Necesitaba, para la conquista, hombres a los que lo unieran lazos inquebrantables. «¿Y qué lazos más fuertes que los de la propia

sangre?», se había dicho. Y anunció a los camaradas que lo habían acompañado a Toledo que marcharía a Trujillo y que se reuniría con ellos en Sanlúcar de Barrameda.

—¿Me estás ofreciendo acompañarte, hermano? —le preguntó, tan confuso como agitado, Martín de Alcántara.

—Te lo estoy ofreciendo, Martín.

Éste miró a su mujer sin saber qué decir. Tenía una existencia monótona pero cómoda en Trujillo, era respetado en la ciudad, se ganaba bien la vida, era feliz con Inés y los niños. ¿Dejarlo todo? ¿Cambiar una vida aburrida pero segura por el azar y el riesgo y la incertidumbre? ¿Cruzar la mar oceana hasta el Nuevo Mundo? ¡Qué locura! Pero también se imaginó una vida plagada de aventuras, el honor, la gloria, la fortuna, un futuro de hidalguía o nobleza para sus hijos. Vio un brillo esmaltado de anhelo y de ensoñación en los ojos oscuros y grandes de su mujer. Ésta vio en los de su marido un relumbre adolescente, de empeño guarnecido de cautelas, y se resolvió a decidir en nombre de ambos.

—También necesitarás mujeres, ¿no, cuñado? Me temo que tu empresa será una empresa de sacrificios, Francisco, ¡y la mujer no los mide jamás!

Asaetearon a Pizarro con preguntas y él les dio cuantas respuestas tenía, siendo franco y cabal a la hora de describir posibles riesgos y eventuales recompensas. Las migas y los torreznos quedaron casi intactos sobre la mesa. La frasca de vino, en cambio, tuvo que ser rellenada en más de una ocasión, aunque el aliento de la conversación morigeró la chispa del caldo, fuerte y áspero. Luego, cuando ya no quedaban preguntas que plantear ni peligros que describir ni tesoros que imaginar, el silencio rubricó con su solemnidad el encandilamiento de Inés y Alcántara.

—Me gustaría visitar el sepulcro de madre, Martín —expuso Pizarro después, clausurando sueños aventureros.

—Lo que tú digas, hermano. También Hernando y los otros, tus hermanos los Pizarro, están deseando verte. Esta misma mañana, como cada día desde hace casi una sema-

na, mandaron recado preguntando si se te esperaba hoy ya por fin. Les dije que los avisaría en cuanto llegaras. Ya he mandado mensaje a La Zarza diciendo que estás aquí y que irías a verlos.

—Luego.

El capitán general del Perú tomó un sorbo del vino tinto y dejó la cuchara sobre la mesa. Miró gravemente a su hermano.

—¿Tuvo una buena muerte, Martín?

—¿Madre?

—Madre.

—Sí, la tuvo, Francisco. Aquí mismo, en esta casa, murió, después de haber comulgado, de haber recibido los santos óleos, en paz y con la compañía del Señor. Preguntó por ti instantes antes de morir. Poco le pude decir, pues no sabíamos entonces casi nada de tus andanzas.

—Cuéntame cómo fue, te lo ruego.

Lamentaba que, por sólo unos meses, medio año, no hubiera podido despedirse de su madre, Francisca González, a quien llamaban la Ropera, por el oficio de su familia. La recordaba brumosamente, como si la mano inmisericorde de los años hubiese desdibujado los rasgos de su cara. Sí recordaba, no obstante, su rectitud, su decencia y, sobre todo, su tristeza, su perpetua tristeza. Se dijo que había sido su nacimiento, provocado por una atracción fugaz e imposible que se hizo carne durante las fiestas celebradas en Trujillo para agasajar a Isabel la Católica y celebrar la huida de Juana la Beltraneja del alcázar de la ciudad, lo que había insuflado en su madre esa tristeza perenne y atormentada. Había hecho cuentas y barruntado que el ayuntamiento ilícito de sus padres tuvo que ser por esas fechas. Algo de ella, de su tristeza y circunspección, pensó Pizarro entonces, se le había transmitido a él. Curiosa y escueta herencia, a fe suya.

—Unas fiebres con las que su cuerpo, ya debilitado por la edad, no olvides que tenía más de setenta años, no pudo.

Demasiado vivió, pues sabes que su parentela no se caracterizó por ser muy longeva. De la familia de madre, quitándonos a ti y a mí, y a nuestros hermanos Juan y María, que viven en Alcántara, no queda más que Antón Zamorano, su cuñado. Aunque está muy torpe ya.

—¿Y Hernando Pizarro y los otros? ¿Qué es de ellos?

Martín de Alcántara sonrió con expresión ambigua.

—Hernando, que es el mayor, y el único nacido dentro del matrimonio, está por cumplir los veinticinco años. Está soltero, aunque se murmura que tiene un reguero de hijos bastardos tan largo y variado como el cauce del río Tamuja. También eso le va en la sangre, por lo que se ve, si no está mal que lo diga. Pese a su juventud, es alguien notable. Es grande como tú lo eres y como lo fue vuestro padre, aunque tiene bastantes más carnes que tú, que estás bastante flaco, por cierto, Francisco; y, fíjate, está puesto en letras y en armas a la vez. Dicen que es un guerrero formidable. Combatió junto con el Largo en Italia y Navarra y obtuvo el grado de capitán con diecisiete años, así que ya te puedes figurar.

—¿Y de corazón?

—¿De carácter, te refieres? Pues... verás, no sé... Lo conozco poco, pero se dice que es... ¿cómo te diría yo...?, impetuoso, vehemente, impulsivo. Y en muchas ocasiones exaltado y prepotente, turbulento. También ambicioso, pero cumplidor, por las buenas o por las malas, y leal. Y te aseguro, porque lo he palpado en estos días cuando he hablado con él, que está deseando conocer a su hermano mayor, célebre de la noche a la mañana.

—¿Y los pequeños? —preguntó Pizarro, meditando las palabras de Martín. Gente así, guerrera, vivaz y fogosa y, al mismo tiempo, pundonorosa y leal, era la que iba a necesitar en el Perú. Sí, había hecho bien en desviarse a Trujillo.

—No tan pequeños ya, Francisco —lo corrigió sonriendo Martín de Alcántara—. Juan es el segundo. Como su hermano Gonzalo, el benjamín, Juan es bastardo, hijo de

María Alonso, una molinera de La Zarza. Cumplirá veinte años el que viene. Vive, también como Gonzalo, con Hernando, en la casa familiar, pues cuando tu padre murió, hace ahora siete años, ordenó en su testamento a Hernando que cuidara de sus hermanos y que los criara como caballeros. —Observó el ramalazo de dolor que cruzó el semblante de Pizarro; ambos sabían que el Largo ni siquiera lo había nombrado en su codicilo—. Juan es el más callado y prudente de los tres, aunque bravo y serio, según se afirma. En cuanto a Gonzalo, ha cumplido ya los dieciocho. Comparte algunas de las virtudes y defectos de Hernando y, aunque tal vez sea menos impulsivo, también es más... no sé... más complicado tal vez. Tiene un carácter indómito y es rebelde por naturaleza. Dicen las mozas, que se lo rifan, que va a ser el más apuesto de la familia, si no lo es ya. —Ambos sonrieron; aunque Pizarro era un hombre también apuesto, de buena alzada y rasgos regulares, acababa de sobrepasar los cincuenta años y a esa edad la apostura se adelgazaba para convertirse en simple buena presencia, sin más, y sostenida por andamios endebles—. Componen un buen trío, te lo aseguro.

Francisco Pizarro pensó que era bien extraño que un hombre de más de cincuenta años no conociera a sus medio hermanos.

—Sí, deben de serlo, si han heredado la sangre de nuestro padre. Sí. Creo que es llegada la hora de que los conozca, Martín.